



Una boda.

I

El cielo llovía nieve sobre Varsovia en triste noche. Parecía tejer un sudario para cubrir aquel cadáver.

Todo lo que reina en el sepulcro, reinaba allí: frío, silencio, soledad.

Por sus calles abandonadas pasaban de vez en cuando caballeros en pequeños caballos los tártaros, como aves de rapiña que se lanzaron en aquella huesa.

Y sin embargo, enemigo de tanta desolación, brillaba una esperanza de vida, una aspiración de amor, una de esas flores que entre las conjeturas de los sepulcros brotan.

Veíase en espacioso salón una joven que se probaba blanca corona de azahar; era la corona de desposada, que tenía apercebida para la noche siguiente, noche de sus bodas.

Apénas contaba veinte años. Largos rizos rubios caían como rayos de luz sobre sus espaldas. Brillaban como un cielo sereno sus azules ojos, teñidos de melancólica felicidad.

Al trayes de su tez veíase circular la sangre.

Era tan apuesta, tan alta y tan elegante, que bien podía parecer, por lo ancho de su frente, por lo estético de su cabeza, por el profundo azul de sus ojos, por su nariz aguileña, sus pronunciados labios, su erguido cuello y su majestuoso continente, la estatua que representaba el genio de su patria, que representaba á Polonia.

Yo tengo para mí que esos pueblos esclavos desolados, suelen dar en el tormento hermosas hijas al mundo, nacidas de las más sublimes inspiraciones, de las inspiraciones del dolor.

¿No os acordáis de aquellas hermosísimas hijas de Israel que tenían sus arpas bajo los sauces de Babilonia, que confundían sus lágrimas con las aguas del extranjero río, y que desarmaban con su hermosura á los perseguidores de su pueblo?

II

La joven dejó su corona de azahar, después de haberse cerciorado al espejo de que le sentaba bien, y corrió á una ventana, como para mirar si alguno que esperaba venía ya.

En aquel instante vió pasar envuelto entre las ráfagas del viento, entre los remolinos de la nieve, un pelotón de cosacos que juraban y maldicían de Polonia. Retiróse la joven horrorizada, y maquinalmente se sentó al piano. Dejó caer desahogada la cabeza sobre el pecho, y recorrió con sus dedos las teclas.

El instrumento produjo una melodía profundamente triste, una de esas melodías que son el lloro de toda una generación, la elegía del alma de todo un pueblo.

Inmediatamente apareció en la puerta un anciano encorvado y vacilante, que pronunció con horror estas palabras:

—¿Qué haces? ¿No sabes que esa melodía, ese cántico de nuestros padres puede costarnos la vida?

—Es verdad, abuelo,—repuso la joven,—es verdad, no tenemos patria.

—Yo creo que sí,—dijo el anciano,—yo creo que este pueblo, apedreado ayer como San Estéban, podrido hoy como Lázaro, aún tiene esperanza.

—¿Dónde está?

—En Dios,—dijo el anciano.

—¿Y cuándo nos oirá Dios?

—Cuando le hayamos desarmado con el martirio.

—¿Aún más mártires!—exclamó la joven con acento desgarrador.

Dos gruesas lágrimas se extendieron por su rostro como dos amargos ríos de dolores. El anciano bajó la voz y dijo:

—Aún tenemos esperanza, si pensamos sólo en guerras.

¿Qué amor es posible cuando abrazas un cadáver? ¿Para qué engendrar cuando engendras un esclavo? Maldito el corazón que á su amor egoísta sacrifica el amor á la patria; maldito el seno que engendra hijos para que los devore el tirano. Te probabas tu velo de desposada. ¡Infeliz! Las hijas de Polonia han nacido en un sudario. Su cuna es un sepulcro. ¿Qué será su lecho nupcial?

Y desapareció el anciano.

III

Después de oír estas palabras quedóse María como muda y pasmada. Sin embargo, á los pocos minutos se recobró un tanto y se dirigió á un cuadro de la Virgen que en el testero del salón brillaba.

—Madre mía,—dijo doblando las rodillas,—madre mía; óyeme.

El navegante, cuando las nubes borran las estrellas, cuando el viento levanta las olas, cuando el huracán ruge, te invoca y le oyes, y el cielo vuelve á lucir sus estrellas y el mar uerme como un niño, y el huracán se convierte en brisa, y las velas se rizan como las alas de un ave, y el barco llega al puerto.

¿Por qué, por qué no has de socorrer á un pueblo que se ahoga en un mar de sangre?

Nuestras casas son panteones; nuestros lechos, sepulcros; los altares de tus iglesias, pesabres de los caballos tártaros; tus hijos, de su furor despojos.

Este pueblo se hunde, se sumerge en un mar de hiel; cuando le falta voz, levanta á tí en demanda de auxilio sus manos cárdenas y ensangrentadas.

Ya hemos sufrido la crucifixión.

Ya hemos dormido largamente el sueño al pié de nuestro Calvario.

¿No ha de llegar la hora de la resurrección para este Cristo de los pueblos?

La oración fué interrumpida por la presencia de un joven, que apesar de traer su gorra de pieles y su capoton cubierto de nieve, sudaba.

María se levantó y corrió á su encuentro.

Es imposible que pudiera haber en toda Polonia una pareja más hermosa.

Los dos jóvenes, los dos rubios, los dos altos, los dos de azules ojos, de blanca tez, los dos parecidos, con la diferencia que él tenía toda la fuerza, toda la austera hermosura del varón, y ella toda la hermosura de lo que llama Goethe el ideal femenino.

Juntáronse sus manos, sus ojos, su aliento, sus almas.

Reinó por algunos instantes ese silencio infinito que ninguna frase humana podrá expresar, ese silencio religioso que ha sido siempre la sublime elocuencia del amor.

Si aquel éxtasis se hubiera prolongado en toda la dilatación de los tiempos, sería la bienaventuranza celeste.

Esa electricidad de dos miradas que se juntan en un deseo; ese choque de dos almas que se confunden en una idea; esa armonía de dos corazones que laten unísono; ese aroma de dos suspiros que se comprenden; esa unión de dos vidas indisolublemente ligadas como el alma y el cuerpo, como el ojo y la retina, como el pecho y la respiración, ¡ahí eso es el amor.

¿Por qué no decirlo?

El amor es siempre egoísta, siempre; es el egoísmo sublime de la juventud, la concentración de la vida en sí misma como para formar fuerza, dilatarse y extenderse en nuevos poetas. Como diría el más sublime de los poetas modernos, el amor es el egoísmo de dos.

Para él no hay en sus instantes de arrobamiento ni patria ni humanidad; no hay más que él mismo; toda la tierra es el espacio que el sér amado habita, y toda la humanidad está en el sér amado compendiada.

Y hé aquí por qué María lo olvidó todo en aquel momento; las palabras del anciano, la tristeza de su corazón, la patria desolada, los ahullidos de los cosacos, su oración, sus lágrimas; no veía la tierra desde el cielo de su amor, compendiado en los azules ojos de su amante, donde se había reconcentrado toda su alma.

EMILIO CASTELAR.

Concluirá.

El Cíclope

IDILIO DE TRÓCRITO.

(Al docto helenista, profesor de la Universidad Central, D. A. Longué.)

Sólo un remedio contra amor hay, Nicéa (1),

no de unturas ni polvos, según creo, y éste leve y suave es á los hombres. Hallarlo es lo difícil. Bien presumo que lo debes saber, médico siendo y muy querido de las nueve Hermanas. Así tranquilamente aquí vivía el Cíclope, el antiguo Polifemo,

(1) Médico milésio amigo del poeta.

cuando al salirle el vello de las sienas y al redor de la boca, á Galatea amaba. Y no con delicadas rosas, ni con pomas, ni adornos; mas con furias. Todo desatendido lo tenía.

Cien veces por sí solas sus ovejas desde las verdes yerbas al establo volvieron, mientras él cantando amores se consumía en las algosas playas desde la aurora, el corazón llagado, que hirióle Vénus con cruel saeta. Pero el remedio halló; sobre alta roca, y la vista en el mar, esto cantaba:

—¿Por qué así, encantadora Galatea, desvelos rechazas de tu amante, oh tú, más blanca que la blanca leche que guardan mis canastos (1), tú, más tierna

que el tierno corderillo, más lasciva que la ternera, y agría en el racimo que aún los rayos del Sol no sazaron? Tú, cuando el dulce sueño me aprisiona por estas playas te deslizas, y huyes cuando el blando sopor de mí se aleja; y me temes cual tímido cordero al lobo encanecido por los años. James dejé de amarte desde el día que con mi anciana madre á la montaña viniste á recoger tiernos jacintos.

—Yo os trazaba el camino.—Desde entonces,

después de aquel momento, y aún ahora; me es imposible descansar sin verte.

Más tú, dime, ¿te curas de mis ansias, de mis ansias te curas, di por Jove?

Yo, doncella, sé bien por qué me equivocas:

una ceja cerosa y dilatada toda mi frente oculta y se me extiende hasta las dos orejas, y debajo

un ojo solo tengo y una romanariz sobre los labios abultados.

Tal soy; pero aún así, de mil ovejas un rebano apaciento, todas blancas, y de su leche cándida, que ordeño yo por mi mano, la mejor escojo, y siempre en todo tiempo están colmados del sabroso manjar mis canastillos.

Sé la flauta tañer; aquí ninguno de los cíclopes todos me aventaja; y á tí, manzana dulce, amada mía, en mi flauta te canto, y muchas veces á mí mismo, á deshora de la noche.

Once ciervas te guardo que, preñadas, pronto darán á luz sus cervatillos, y cuatro osos también que, en la montaña, robé á sus fieras madres. Ven, hermosa, ven y tuyas serán tantas riquezas.

Deja que el mar sus iracundas olas en las rocas estrelle. ¡Cuán felices en mi caverna pasarás las noches! Altos cipreses y laurel frondoso murmuran á su entrada; negra yedra adorna el interior, entretejida con la vid de racimos agobiada, y un arroyuelo que del Etna cae

baja por bosques y laderas verdes, entre las guijas con rumor se aleja.

Y aún de los mares las inquietas olas preferirás?... Si mi velludo pecho tu vista ofende, encinas corpulentas hay en el monte y en mi hogar ceniza que oculto el fuego con calor mantiene.

Aplicalo á mi pecho si te place, y hasta quemar, si quieres, este ojo que en mí es estimo que la propia vida; todo por tí lo sufriré contento.

¡Ah, por qué no me dió mi dulce madre ligeros remos para hender las aguas como el ligero pez! ¡Oh, cuán gozoso fuera nadando en pos de Galatea!

¡Con cuánto amor su mano besaría ya que ¡ay! triste! los labios me negaba! Sí, yo te diera blancas azucenas y adormideras de purpúreas hojas; las unas en invierno, y en verano las otras nacen, y por eso á un tiempo no podía ofrecértelas, bien mío.

Si por acaso un huésped navegante llega hasta aquí, doncella, te aseguro que aprenderé á nadar, por ver qué sean esos placeres que en el hondo abismo os retienen. Sal de él, hermosa mía, y olvidada, ya fuera (como ahora yo aquí sentado), de volver á casa.

Gusta de apacentar junto conmigo, de ordeñar leche, y de apretar el queso agrio cuajo poniéndole.

Mi madre es sólo quien me injuria; de ella sólo me querello; que nunca buena cosa de mí supo decirte, por más que ella me ve languidecer día por día.

Pues yo le figuré que la cabeza y los dos piés me duelen, porque triste se ponga como yo...

Mas, pobre Cíclope, ¿adónde va tu mente? Si canastos pusiéste á tejer, ó á cortar ramas que dar á los corderos, obrarías con más cordura. Por de pronto, ordeña.

¿Para qué perseguir á la que huye? Otra como ella encontrarás acaso y aún puede que mejor. Muchas muchachas se divierten conmigo por la noche y rien todas cuando yo las siento; algo soy yo también sobre la tierra!...

Así cantando el Cíclope, á su herida de las Musas el dictamo aplicaba.

A. B. A.

Ensayos de crítica médica.

I

El doctor J. Borlée.

Vamos á principiar nuestros trabajos por uno de los hombres más eminentes d

(1) Es decir, más blanca que la leche cuajada, que los quesos de mis canastos.

Europa, por el doctor J. Borlée, profesor de la Universidad de Lieja, miembro titular de la Academia Real de Medicina de Bélgica, etc. Este célebre médico ha publicado un resumen de clínica y práctica de Patología quirúrgica especial, incluyendo en él las enfermedades de los ojos. En el trascurso de la obra intercala algunas historias de enfermos, bajo el título de *Observaciones*, y de éstas copiamos la siguiente:

«*Oftalmía reumática alternando con artritis reumática*.—Wirix, Ana, veinticuatro años, linfética, sirvienta, fué admitida en el hospital el 4 de Enero de 1864, afectada de iritis reumática, que venía padeciendo ya 15 días en el ojo izquierdo.

«Dicha joven había tenido un ataque, cuatro semanas antes, de reumatismo, que se extendía á los piés, á los brazos y después á la espalda. Cuando la afección articular ha estado en vías de curación, para lo cual fué asistida á domicilio, entonces comenzó á sufrir del ojo.

«Después que hubo desaparecido el reumatismo y como á las cinco de la tarde, experimentó la enferma dolores encima del ojo, que duraron hasta medianoche, y que se irradiaban á la frente, á las sienas, á la mejilla, á los dientes y á la espalda.

«Hay fotofobia y lagrimeo.

«Se distingue una inyección rosada alrededor de la córnea; la inyección periferática es bien marcada; la pupila está cortada, inmóvil; la visión está como cubierta con un velo.

«Nada de secreción mucosa. Ausencia de movimiento febril.

«El día 11, después del tratamiento indicado en los días anteriores, la inflamación ocular curó; pero se presentó de nuevo el reumatismo en un pié y en la rodilla del lado derecho.

«El día 18 se declaró una angina con exudaciones sobre la amígdala. Pasa la enferma á la sala de medicina.

«Wirix vuelve después á la clínica, por haberse reproducido su enfermedad de la vista, después que se hubo curado de la angina.

«Durante muchas semanas de permanencia en el hospital, observamos una verdadera alteración entre el reumatismo articular y la oftalmía; tan pronto como padecían el pié y la rodilla, la congestión ocular y los dolores intermitentes desaparecían, para mostrarse de nuevo cuando aquéllos estaban exentos de dolor.

«Someteda al uso de la tintura de colchico y después á la solución del arseniato de sosa, y puestos vejigatorios volantes alrededor de la órbita, acabó por curarse enteramente de las dos enfermedades, quedándole, sin embargo, la pupila ligeramente romboidal, y una *mydopsia* volante.»

En el relato transcrito, se advierte desde luego que se ha hecho caso omiso de los antecedentes de la enferma, y además de los de sus padres ó de su marido, si era casada. Así es que no podemos venir en conocimiento de la causa primordial del sufrimiento, ni tampoco fijar el día en que principió á deteriorarse el organismo por el principio morbosísimo. Y estos extremos son tan esenciales, como que, sin conocerlos, no es posible que el hombre que posee el arte de curar, sepa graduar la intensidad de la dolencia, ni aplicar la dosis y calidad de la medicina, ni menos determinar el tiempo que ha de emplear para extirpar del cuerpo el padecimiento.

Porque á la verdad, aunque la dolencia reciba el bautismo y el nombre cuando el enfermo se presenta al consultorio del médico, ó cuando éste es llamado á la cabecera de aquél, no por esto hay que negar que el nacimiento de la misma puede datar de algunos días, de algunos meses ó de algunos años; y como quiera que el tiempo que se emplea en la curación es siempre proporcional á la edad de la dolencia, de aquí la necesidad de fijar muy bien los antecedentes de familia y de la paciente, para arreglar, según ellos, el plan curativo necesario, y saber el tiempo que se necesita emplear para alcanzar el resultado apetecido.

Dice Borlée en la historia transcrita que cuando la afección articular estaba en vías de curación, entonces comenzó la enferma á sufrir del ojo. Queremos suponer lo de que estaba en vías de curación; y por qué

no continuó el médico que asistía á Wirix combatiendo la afección articular en regla, y hubiese evitado ó curado al mismo tiempo el padecimiento ocular? ¿Creyó acaso dicho profesor que la causa de la enfermedad de la vista era diferente de la causa reumática? Si así lo creyó, ¿cómo se bautiza después el padecimiento de la vista de oftalmía reumática? Y si así se la nombra, ¿no es aquí la afección de la vista una manifestación local de la diátesis reumática, como sabiamente afirma el doctor Borlée, al describir en su obra la oftalmía reumática?

Desde el día 4 al 11 de dicho mes, el doctor Borlée, con el tacto especial que le distingue en el tratamiento de las afecciones de la vista, cura, según dice, la inflamación ocular; y habiendo aparecido de nuevo el reumatismo y una angina, pasa la enferma el día 18 otra vez á la sala de medicina. Esta conducta nos extraña mucho en un médico que combate energicamente la opinión exclusivista de la Escuela anatómica, afirmando, con sobrado fundamento, que si no se tienen en cuenta las influencias etiológicas, y si sólo las lesiones materiales, se expone el médico á numerosas decepciones en la práctica. A renglón seguido confiesa, lleno de convicción, que la terapéutica de los partidarios de la Escuela anatómica es bien pobre y falta de recursos. ¿Y cómo, teniendo unas ideas tan exactas de medicina, da por curada una afección ocular reumática sin atacar la causa ocasional del reumatismo? ¿No volverá éste á hacer otra manifestación por el órgano ya vulnerable de la vista?

Pasa un tiempo que el doctor Borlée no determina, y habiéndose curado la enferma de la angina, torna á recaer de una inflamación del iris, y vuelve por segunda vez á la sala del precitado doctor. Por espacio de muchas semanas se repite la escena de curarse de la vista y aparecer el reumatismo, de curarse éste y aparecer la afección ocular.

Ahora bien, ¿no afirma el doctor Borlée con sobrada razón, en la página 399 del tomo I de su bien escrita obra, que el ojo no debe considerarse como un órgano aislado é independiente del organismo? ¿No añade después, transcribiendo una frase de Giacomini, «por experiencia he conocido que los especialistas aislados eran perjudiciales á los progresos del arte.»? Y más adelante, ¿no dice con Lawrence que el tratamiento de las afecciones de la vista no se dirige bien más que por los que tienen la costumbre de tratar todas las enfermedades? ¿Cómo pasa la enferma de una sala á otra? ¿Acaso reconoce distinta causa la enfermedad? Pero sigamos adelante.

Después de esta alternativa, someten la enferma, no dice en qué sala, al uso de la tintura de colchico, después á la solución del arseniato de sosa, etc. Veamos ahora si estos medicamentos pueden eliminar el reumatismo. Este consiste en una inflamación de las serosas, originada por un agente morbosísimo desconocido. Así es que si se aplican revulsivos á la piel ó calmantes locales, podrá disminuir y aun desaparecer la inflamación de la serosa y el dolor; pero el agente subsiste y volverá, cuando haya causa determinante, á producir otra vez la inflamación, y por lo tanto, el reumatismo. Vemos generalmente que, por no combatir en regla esta enfermedad, la mayor parte de los individuos afectados de la misma se creen curados cuando disminuyen los dolores, que es haber disminuido la inflamación, y cantan victoria por haber triunfado en toda la línea; pero antes de que acaben de saborear el placer de verse buenos, asoma otra vez la cabeza el enemigo, y disipa con su presencia las alegrías de la vispera. Estos hechos son tan generales y acontecen con tanta frecuencia, que no necesitamos citar ejemplo alguno.

El colchico no tiene acción alguna sobre el reumatismo. El colchico, administrado á dosis moderadas, aumenta la cantidad expelida de urea y de ácido úrico, cuyo exceso en el organismo produce los ataques de gota; pero ese aumento bien pronto disminuye, según Kerner, y por lo tanto, vuelve á reproducirse la gota. Pero aún aquí no se ataca á la causa, sino al efecto de la causa; por cuanto la gota es la alteración de una ó varias funciones orgánicas, por las cuales se aumenta la canti-

dad de urea y de ácido úrico en el organismo, y este aumento es el efecto: de modo que no se ataca la causa, sino el efecto, que es causa secundaria de la dolencia. Así es que el cólico en la gota moderará los síntomas como paliativo; pero no curará la afección.

Si el cólico se administra en el reumatismo porque cuando no aumenta la urea y ácido úrico aumenta el sudor, la secreción de las glándulas, la del hígado y la de los intestinos, conseguiremos moderar los síntomas reumáticos; pero de ningún modo llegar á extinguir radicalmente la enfermedad, que es el objeto del arte.

Además, el cólico administrado por largo tiempo produciría graves accidentes; y cuando fuese necesario muchos meses de tratamiento para extirpar el mal, nos veríamos en la necesidad de suspender de tiempo en tiempo las dosis; y en estos días libres volvería á crecer la enfermedad tal vez tanto como grados la hubiese quitado el cólico, resultando que la curación se hace imposible.

El arseniato de sosa, según Gubler, está indicado en el reumatismo crónico, tal vez porque el arsénico produce la gordura, y ésta reconoce por causa la disminución de las combustiones y del movimiento de desasimilación. Pero dado que esto sea así, ¿qué es lo que se pretende? ¿Se desea que engruese la enferma, ó quitarle el reumatismo? Pues qué, ¿va á desaparecer con la gordura la diátesis reumática? Esto no se concibe. Además, ¿se cree que por que tome carnes un individuo está completamente exento de dolencia alguna? Si esto fuese así, todos los que están gruesos no morirían hasta llegar á la vejez, lo cual está en contra de los hechos. El arsénico, pues, no obrando en el organismo humano á dosis terapéuticas, más que moderando las combustiones, rebajando la calorificación, etc., etc., y de ningún modo produciendo el estímulo ó desgaste de los elementos histológicos anormales (puesto que para producir el estímulo de los elementos con quien se pone en contacto, es preciso aumentar las dosis y poner en grave riesgo al paciente), el arsénico no puede eliminar la causa ocasional del reumatismo, ni está indicado jamás en esta enfermedad, en nuestro concepto, apesar de las respetables opiniones de Gubler, del doctor Borlée y de su compañero de sala.

Respecto á los vejigatorios volantes que se aplicaron alrededor del ojo de la enferma á que nos venimos refiriendo, no hay que dudar que auxiliaban poderosamente al tratamiento de las afecciones oculares, puesto que disminuyen el aflujo de la causa inflamatoria, toda vez que abren un postigo, digámoslo así, á la fácil salida de la causa, y ésta tiene que disminuir infaliblemente en el organismo; pero son sólo auxiliares, y de ningún modo pueden formar al lado de la medicación principal.

El doctor Borlée omite el señalar el día en que dejó el hospital la enferma, y esto embaraza nuestro juicio respecto á la curación de la misma; pero en vista de los medicamentos empleados, considerando que tanto el citado doctor como su compañero de sala llaman curación al alivio momentáneo, esto es, á la remisión transitoria de algunos síntomas, opinamos que no hubo curación verdadera. La corta edad de la paciente, la poca intensidad de la dolencia, la serenidad del tiempo, junto con los revulsivos y emisiones sanguíneas aplicadas acertadamente por el referido doctor, contribuyeron bastante para que la enfermedad pasase á un estado latente, sin perjuicio de que vuelva á manifestarse de nuevo en un periodo de tiempo más ó menos largo.

Y como prueba de esto, es que la pupila de la enferma quedó en un estado anormal, desfigurada, y por añadidura afecta también la vista de una miopía volante, todo lo cual evidencia que aún existía una causa morbífica y que la enferma no quedó enteramente curada de las dos afecciones, como se afirma en la historia precitada.

Además, si en la relación de este caso se dijese alguna cosa acerca del estado de Ana Wirix después que salió del hospital, no es extraño que advirtiésemos que dicha paciente tornó á ser afecta de reumatismo, y aun de la afección ocular. Hoy, si vive, ha de encontrarse en una situación muy triste, y ha de sucumbir de muerte prematura, á menos de que no se emplee para curarla otro método diferente del que se adoptó en el hospital.

Como la mayor parte de las historias clínicas ó observaciones que intercala el doctor Borlée en su obra son aproximadamente del mismo corte, en cuanto al tratamiento, que la que dejamos analizada, no hay para qué andarse enumerando una

por una, lo cual haría este ensayo crítico interminable.

Apesar de lo expuesto, si nosotros ignorásemos el modo de curarnos de la vista, lo que no debe ignorar el que pretende dar salud á los demás, buscaríamos para que nos asistiese al doctor Borlée, porque creemos que se aproxima mucho á la verdad en cuestión de tratamientos, y podemos asegurar que el citado sabio belga supera en esto á otras muchas eminencias europeas.

A cada uno hay que dar lo que en justicia corresponde.

J. A. CANTERO.

Las citas.

Si en el mundo hay felicidad completa, es indudablemente la que gozan los amantes en esos ratos de soledad y misterio, en que sin importunos testigos se comunican los deseos, se transmiten las mutuas impresiones, dirimen las quejas, y cuentan, como el avaro los tesoros, ellos sus esperanzas.

Las citas son al amor lo que el sol á las flores. El amor crece enteco, pálido y enfermizo, si los enamorados no buscan oportuno momento para entregarse en la soledad á la pasión de sus almas.

Habéis contemplado á la mujer amada ricamente vestida en traje de fiesta; admirásteis la gargantilla de perlas, que, con ser muy finas, quedaban muy atrás del bruñido de su tez y del esmalte de sus dientes; mirábais la roja camelia, con arte suma prendida al lado del corazón sobre el vestido, y al compararla con los frescos y encendidos labios de la doncella, fallásteis en pro de éstos; no podíais apartar vuestros ojos de sus ojos, más chispeantes que las finas piedras engarzadas en sus pendientes; os seducían el aire del talle, la gracia de la sonrisa, lo pequeño del pie, encarecelado en brevisimo zapato de color de rosa... la gracia, en fin, con que se cimbreaba en vuestros brazos á los compases de la orquesta, como la joven palmera al soplo de los vientos; mas de seguro no os pareció tan hermosa como si alguna vez la contemplásteis al incierto rayo de la luna, á través del follaje, en el silencio de la callada noche; por agradables que os fueran los perfumes de su tocado en los salones, no tanto ciertamente como la tibia emanación de su aliento, al pronunciar el imperceptible y dulce *¡amor mío!* luego de abrir sigilosamente la ventana á la señal convenida. Es tal en esos momentos la disposición del ánimo, late el corazón de una manera tan extraña, circular por toda la sangre un *algo* tan maravilloso y desconocido, que ni puede expresarse, ni llegará nunca á comprenderlo quien, por lo ménos una vez, no lo haya experimentado.

Explicase de esta suerte cómo, aun aquellos amantes que tienen por suyas todas las horas del día, buscan, sin embargo, la manera de pasar juntos siquiera breves instantes en la soledad y en el misterio de las sombras.

Y es que no hay palabra de amor que suene mal cuando apenas se divisan los labios que la pronuncian. Confíanse á la oscuridad secretos que avergonzarían quizá á la luz del día. Son las estrellas para los amantes mudas y cariñosas amigas que les sonríen, sin cometer nunca la más ligera indiscreción, ni revelar á nadie la lágrima que vieron ó el suspiro que escucharon, contentándose con mandar, como de pasada, afectuoso saludo envuelto en los impalpables pliegues de su tenue brillo á través del perfumado éter de la atmósfera. La augusta calma y el no interrumpido silencio, permiten escuchar los latidos de sus corazones; la oscuridad estrecha sus manos; el aliento que mutuamente se mandan y mutuamente aspiran, es el hilo conductor de sus emociones; no se ven, pero adivinan sus miradas; no hablan, pero se comprenden; á lo sumo alguna palabra entrecortada que pudiera confundirse con el murmullo del aura entre las hojas; algún suspiro que lanza el deseo rehenado por la virtud; ligero ruido, imperceptible, como el producido por el contacto de dos flores el soplo de la brisa... tal vez el choque de dos voluntades que se adunan, de dos aromas que se mezclan, de dos espíritus que desfallecen, de labios que se juntan... y después el mismo silencio. Hallábase la luna á la sazón cubierta por espesa nube, las estrellas estaban muy distantes y nada vieron, los pájaros dormían, las flores no hablaban... y sólo Dios puede saber si algún ligero matiz coloreó las mejillas de la doncella, ó cuáles fueron los pensamientos que cruzaron por su alma.

Las preocupaciones sociales, la diferencia de condiciones, la etiqueta, las exigencias del buen tono, de rango y clase, y aún las propias de la galantería, suelen ser otros tantos obstáculos para que los amantes se entreguen á los trasportes del amor sin más artificio que el de la Naturaleza. Todos desaparecen en el acto de esas misteriosas conferencias, como si al ponerse los amantes en comunicación, sin otros testigos que los del cielo, sacudiesen el yugo de los mil errores y preocupaciones de la tierra. Diríase que en ellos renacen el hombre primitivo y la primitiva mujer, es decir, el hombre y la mujer en la plenitud de su vida, en la plenitud de su hermosura, de todas sus facultades y aptitudes, en el completo de su verdadero ser, de su pureza genésica, sin la vergüenza propia de la malicia, sin el temor que nace de la falta ó el recelo que la perversidad inspira, sin las precauciones que el vicio aconseja y la virtud rechaza, *Adán y Eva*, en fin, en el estado de bendición, y ántes de intentar cubrir con las dichosas hojas de higuera su desgracia.

Por mucho que la noche dure, siempre los encuentra el día; bien que ellos huyan de él, cual si temieran que revelase sus secretos y publicara sus placeres, dejando al descubierto las profundidades del corazón. Por eso el primer rayo de luz que ilumina las mejillas de la casta virgen siempre la pone colorada. ¿Quién se atrevería á decir si aquel ligero color procedió del tinte que le prestaron los celajes de la aurora, ó más bien sería un reflejo de los invisibles celajes del alma?

Una última sonrisa expresiva, intensa, poderosa como un deseo vehementemente, dulce como una confidencia; las manos que se oprimen con más fuerza, cual si resistiesen la voluntad que les manda separarse; algún involuntario suspiro; una mirada al lucero precursor del día como para reprenderle la velocidad de su marcha, y un *¡adiós!* inefable, divino, ese *¡adiós!* que se repite una y otra y cien veces con infinita variedad de inflexiones, á cual más hechiceras, ponen fin á esa hora suprema de la felicidad de los mortales, cuando ya el padre de la luz asoma por entre espléndidos celajes de oro y púrpura su roja cabellera de fuego.

En las citas amorosas nocturnas la conversación suele ser breve, siendo la palabra un medio sobrado pobre para que los amantes puedan transmitirse sus emociones; los labios que palpitan, las manos que se juntan, los alientos que se confunden, dicen más que las frases mejor sentidas. El perfumado rizo de la hermosa que, impelido por el viento, roza suavemente el cuello del amante, pasando como una corriente magnética por su boca, le revela más dulces misterios y le hace sentir mayores deleites que los mil versos del más sublime poema. Algun que otro mimo, en fin, apenas articulado; la tiernísima caricia que llega ántes al corazón que á los oídos; blandos y cariñosos nombres murmurados solamente; suspiros inefables de placer, por donde el alma languidece, rendida á su propia felicidad; la traidora *Mégrima*, no vista, sino sentida, que viene á calmar la tormenta de los celos, depositándose como un dulce veneno en los labios; la insinuante queja, preparada como supremo recurso para obtener el favor negado ó para ablandar el desden fingido...

Mullaque praterera, lingua reticenda modesta; Quae fecisse juvat, facta referre pudet.

Tal es el monótono asunto de esas repetidas conferencias, en las cuales el amor derrama infinita variedad de tonos y de acentos, veneno inagotable de placeres, siempre los mismos y siempre nuevos.

Cuando la cita no es por la noche, pero sí á solas, tampoco abundan mucho las palabras. Bella y elocuentemente describía un amante, afamado filósofo, ménos célebre por su filosofía que por sus desgraciados amores, esas dulces escenas: «*Sub occasione igitur disciplina, decia, amore penitus vacabamus, et secretos recessus, quos amor optabat, studium lectionis offerebat; apertis itaque libris, plura erant oscula, quam sententia... verbera quandoque dabat amor, non furor, gratia, non ira...*» Palabras que de buena gana traduciríamos á la natural curiosidad de lectores y lectoras, si no hubieran de perder mucho traducidas.

En las citas diurnas el pudor y el recato extienden más tiránicamente sus invisibles alas sobre los amantes. Los ojos tienen más vergüenza que el alma. Suena mal en los oídos el ruido del contacto que en la boca hechiza, produciendo divino trasporte. En estas citas la mirada es de una influencia decisiva. Por medio de ella se dicen todas aquellas cosas que no podrían decirse de palabra. La mirada ex-

presa perfectamente los más ocultos pensamientos y los más tímidos deseos, que muchas veces, sin necesidad de formularlos, se ven satisfechos apenas concebidos.

La mirada besa más ardientemente que los labios; ora se mueve juguetona por entre los flamantes rizos; cuando reposa lánguida y sensual en el poderoso y blanco seno, teñido ligeramente del color de la rosa; ya rodea la cintura un cariñoso abrazo, y sorprende callada, silenciosa, mudas bellezas que sólo es dado adivinar al pensamiento, y producen en más de una ocasión dulcísimas impresiones á los sentidos.

Necios son, en verdad, los amantes que necesitan exponer sus deseos por medio de sonidos articulados, formulando sus peticiones en el lenguaje vulgar de los mortales.

La más pudorosa y casta virgen no niega á la mirada lo que al labio jamás concediera. Todas las mujeres tienen maravillosa facilidad de expresión en esta forma de lenguaje, no aprendido; todas gustan de ser por tan suave, misterioso y casto medio obligadas y seducidas. No temáis que el ángel de vuestros amores retire su temblorosa mano á vuestra mirada, que la solicite; ni se ofenda por sorprenderos anhelante en el momento en que robáis con ella la miel de sus labios... La mirada es como el pensamiento, nunca ofende. Sólo las almas torpes y los amantes vulgares necesitan recurrir á medios que el amor no pide ni la virtud tolera.

Pero éstos son pocos, porque en la materia que nos ocupa se halla la humanidad, desde el comienzo de los siglos, muy adelantada, y las más inocentes muchachas fueran capaces de dar primorosas lecciones al más diestro amante, contando, por supuesto, con que á muchas parecerían harto pálidas y frías estas pobres pinturas nuestras, lo cual nos induce á ponerles aquí punto redondo.

S. LOPEZ MORENO.

La aptitud artística.

Ha de llegar día en que la estadística, bien llevada por los Estados y estudiada por los hombres de ciencia, revelará las leyes que rigen á los pueblos. No pasa otra cosa en las ciencias naturales; sólo el estudio de lo real, el experimento y la observación, producen fecundos resultados y adelantos; las ciencias sociales, ¿qué son sino el estudio de los corrientes, fuerzas, inclinaciones, aspiraciones, necesidades, goce y dolores, trabajos y glorias de los hombres asociados?

Uno de estos nuevos sabios sociales ha tenido el buen acierto de condensar en Francia las recompensas artísticas, adjudicadas en el país hasta 1877, y comparadas con el contingente de artistas premiados que suministra cada comarca. Deduce de aquí las más instructivas consecuencias. Para este cálculo, sólo se ha servido de las listas de recompensas de las Exposiciones anuales de Bellas Artes, que sobre ser dato incompleto, en sí mismas son las de muchos años imperfectas y retiran además los nombres de los fallecidos.

Ha habido 1.139 artistas recompensados ó 1.118, si se descuentan los de dobles recompensas; las provincias que más recompensados dieron, son: la del Sena, que cuenta 485, ó sea 238 pintores, 79 escultores, 99 arquitectos, 69 grabadores y litógrafos; el Rhódano, con 30; Sena y Oise, 35; el Norte, 31; las Bocas del Rhódano, 27; Cote-d'or, la Gironda, Meurthe y Bajo Rhin, 22 cada una; Alta Garona, Loira Inferior, Sena Inferior, 15. En ocho provincias no ha obtenido nadie recompensas. Son los Alpes Bajos, el Cantal, la Charente, la Córcega, las Landas, el Lot, Lot-et-Garonne y la Loréze. En veintitres sólo recibieron recompensa uno ó dos de sus hijos.

Ahora bien, todas estas provincias pertenecen á las regiones generalmente más pobres y donde la instrucción está más atrasada. Los países de montañas son estériles en artistas. Otra deducción: la mayor parte de las provincias de reducidos premios, cuando los reciben, es para escultores y nunca para pintores; para arquitectos ántes que para dibujantes ni grabadores.

Luego puede decirse que la escultura y la arquitectura tienen su derecho de prioridad histórica consagrado hasta por las observaciones del presente. No se pintaba aún cuando ya se esculpía. Muchos de los más célebres escultores fueron montañeses. El frances Perraud tallaba crucifijos de madera cuando guardaba el rebaño de su padre. Los pintores nacen más abundantemente en las ciudades, y, sobre todo, en las grandes poblaciones.

Y que la educación influye en las artes,

lo prueba el que dan más artistas las provincias que tienen escuelas de Bellas Artes en sus capitales.

Del número expresado de recompensas participaron 56 mujeres: 51 por pintura, 3 por escultura, dos por grabado y litografía. Sólo las provincias de Cote-d'or, Marne-Alto, Bajo-Rhin, Rhódano, Sena y Oise cuentan más de dos de estas mujeres artistas premiadas.

Bien entendido, la del Sena, ó sea París, cuenta 25 artistas femeninos premiados; pero debe decirse que la capital de Francia ha dado el ser á la mitad de los artistas recompensados hasta aquí en las Exposiciones, mientras que en las provincias, ciudades ricas, con grandes museos, no han alcanzado la misma proporción.

Bien puede decirse que si todos los hombres son poetas, en el sentido de que son igualmente capaces de experimentar las nobles sensaciones de lo bello, sólo son artistas, es decir, capaces de comunicar á los demás lo que ellos sienten, con las diferentes lenguas de las artes, los que inflamados en los grandes focos por la vista de las obras maestras, excitados por los honores y fama de los genios y auxiliados por la animación de un rico mercado, trabajan, se afanan, compiten y emulan en gigantes luchas, entre el ruido y los destellos de esas hogueras inmensas en que las naciones amontonan, como un día en la boca de Baal, riquezas, suntuosidades, placeres, bellezas, energías y genialidades.

Así las provincias lloran tantos hijos ó tantas fortunas como en esas hogueras se consumen ó se derriten.

Pero si de allí salen genios, ideas fecundas, si la llama resplandece y pasea por el mundo con sus rayos el nombre de algun rincón ignorado, el apellido de alguna familia humilde, ¡qué gloria imperecedera y qué de orgullos legítimos por haber conquistado la inmortalidad!

En las sociedades modernas no hay un campesino que no tiemble al enviar su hijo á las ciudades; pero todos los envían. Que choque y se roce; ¡quién sabe si saltará la chispa!—S.

La Marcha real.

I
Era rey de Prusia Federico II, llamado el Grande.

Este monarca fué el primer guerrero de su época, hábil administrador y decidido protector de las letras y las ciencias, que cultivó también; aquel soberano que primero se declaró contra María Teresa á la muerte del emperador Carlos VI, invadió la Bohemia en 1744, obligando á Austria á pedir la paz después de haber ganado cuatro batallas contra ella; aquel rey, en fin, que supo poner su nombre á salvo del olvido.

II
Era también rey á la sazón el bueno de Carlos III, rey modelo de reyes, que inauguró y terminó su reinado con el fomento de la marina, abrió carreteras generales y canales de riego, fundó sociedades económicas, academias y colegios militares, recobró la Luisiana, colonizó á Sierra-Morena, fomentó la agricultura y la industria fabril y protegió á las ciencias y á las artes. Era ministro de Estado D. Pedro Abarca de Bolea, conde de Aranda, el cual fué á la Prusia á estudiar por encargo de su rey la táctica militar de aquel país, para aplicarla al ejército español.

III
Después de una cordialísima entrevista entre el soberano de Prusia y el respetable ministro de Carlos III, aquél manifestó al enviado que la táctica de que estaba dotado su ejército era española, estudiada en un libro titulado *Consideraciones militares*, escrito por el vizconde del Puerto, marqués de Santa Cruz de Marcenado.

Admirado Aranda y despedido, aunque encubriendo su ira, al ver el papel ridiculo que había hecho en la corte de Prusia, manifestó al rey que volvía á España inmediatamente, y éste, para suavizar el mal éxito de su cometido, le dijo:

—Tomad, señor ministro, esa marcha militar que tenía destinada para honrar á mi persona.

—Con mucho gusto la entregaré al rey mi señor don Carlos III, que Dios guarde muchos años, le contestó, el día que llegue á sus reales piés á darle cuenta de mi comisión.

IV
Presentada por Aranda la marcha á Carlos III, mereció su aprobación, siendo declarada como marcha de honor española por real decreto dado en San Ildefonso el 3 de Setiembre de 1770.

Tal es la historia de la magnífica Marcha real que conocemos y se tributa á los reyes, príncipes y princesas de Asturias de España.